

aquellas almas de quienes hoy día hacemos conmemoracion; haz, Señor, que pasen de la muerte á la vida que prometiste á Abraham y á su descendencia. Aplica por las ánimas del purgatorio todas las oraciones y buenas obras que hoy hicieres; y si no pudieres rezar el oficio de difuntos, haz por ellas alguna otra cosa. El oficio parvo de nuestra Señora, los salmos penitenciales, el rosario, un ayuno, una limosna extraordinaria, todo esto te puede servir á ti de mucho mérito, y á las benditas ánimas, de gran sufragio.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN ABRAHAN, SOLITARIO.

San Abraham, no menos ilustre por su grande inocencia que por su eminente virtud, nació al mundo hácia el fin del cuarto siglo. La estrecha amistad que le unió con san Efren, que nos dejó escrita su vida, persuade verosimilmente que los dos santos vivieron en un mismo pais, esto es, en las cercanías de Edesa, capital del Osroene en la Mesopotamia.

Tuvo por padres á personas muy ricas, que le amaban ternísimamente, pero que solo pensaban en adelantarle en el mundo. No obstante, la tierna piedad de nuestro santo, y los religiosísimos sentimientos de devocion que se le notaron desde su primera juventud, dan á entender que fué muy cristiana su educacion. Ignoraba hasta la sombra del vicio; y toda su inclinacion era al retiro, á la oracion y á los ejercicios devotos. Aunque se alegraban mucho sus padres de verle tan buen cristiano, temían por lo mismo que se disgustase del mundo, y con este recelo se dieron priesa á casarle, viéndose precisado el santo mozo,

no obstante su repugnancia al matrimonio, á desposarse con una doncellita algunos años antes que tuviese edad para casarse con ella.

Llegado el tiempo competente para poder celebrar el matrimonio, por mas instancias que hizo á sus padres para que le librasen de aquellos lazos, fué preciso ceder á su autoridad. Casóse en fin, y se celebraron las bodas con el mayor aparato; pero aquella misma noche, luego que todos se retiraron, impelido de un ardentísimo deseo de que solo Dios fuese el único dueño de su corazon, y fortalecido con especial gracia del cielo, dejó á su esposa sin hablarla palabra, y saliéndose secretamente de casa, no pensando mas que en esconderse de la vista de sus padres, se fué á encerrar en una gruta que distaba tres cuartos de legua del lugar, con resolucion de pasar allí, si le fuese posible, los dias de su vida, quieto, sosegado y desconocido.

Esta repentina y nunca esperada fuga sorprendió y affligió sobre manera á sus padres y parientes. Despacháronse al punto propios á todas partes para adquirir alguna noticia de él; finalmente, al cabo de diez y siete dias, le vinieron á encontrar en su cueva con poca admiracion de unos y de otros. El padre, la madre, la esposa y todos los parientes, deshaciéndose en lágrimas, pusieron en práctica todos los medios que les sugirió la ternura, para retirarle de aquella soledad; razones, ruegos, caricias, amenazas, llantos, de todo se valieron para hacerle mudar de resolucion; pero el siervo de Dios, inmóvil siempre á tan violentos asaltos, les habló con tanta eficacia, con tanta energia de la vanidad del mundo, de la desdichada suerte de los mundanos, y de la felicidad de la vida solitaria, que al cabo persuadió á su esposa á que consintiese en una perpetua separacion, y desarmó la ternura de sus padres, que, vencidos de sus razones,

y movidos de tan grande ejemplo, se rindieron á sus deseos. La única gracia que les pidió fué que no volvieran á interrumpirle mas con sus visitas; y ellos se lo prometieron, temerosos de que no se fuese á sepultar en algun otro desierto mas retirado. Apenas se apartaron de él, cuando se encerró en su celdilla, tapió la puerta, y solamente dejó una ventanilla por donde le alargaban la comida en ciertos dias determinados.

Un principio tan heróico prometia una santidad eminente, á la que llegó en muy poco tiempo. No tenia mas que veinte años cuando se retiró á la soledad, en la que perseveró hasta la muerte, esto es, hasta que cumplió los setenta. Fué asombrosa su penitencia; desde el primer dia se prohibió el uso del pan, y duró su ayuno mientras le duró la vida. No interrumpia la oracion por el trabajo, ni aun por el sueño, pues pasaba casi toda la noche orando ó cantando salmos.

Enterrado en su celdilla como en una sepultura, pasó cincuenta años en una extremada pobreza. Todo cuanto poseia en la tierra se reducía á una túnica de pelo de cabra, á un manto, á una escudilla de madera que le servía para beber y para comer, y á una esterilla de juncos para acostarse.

A los doce años de este género de vida, murieron sus padres, y le dejaron heredero de una rica sucesion; pero él encargó á un amigo suyo que vendiese todos sus bienes y los repartiase entre los pobres.

Libre ya de este postrer lazo por este nuevo sacrificio, no se ocupaba mas que en solo su Dios; y acorde siempre su memoria y su entendimiento con su corazón, perdió aun la idea de este mundo transitorio. Cada dia lo miraba como si fuera el de su muerte; y pasó todos los de su dilatada vida sin aflojar un punto en los rigores de la penitencia.

En medio de una vida tan penitente y tan austera,

conservaba siempre un semblante apacible, un aire risueño, y un agrado tal, que á todos enamoraba. En la conservacion de su vestido intervenia al parecer una especie de milagro; parecia tambien que la gracia suplía la falta de alimento.

No podia estar mucho tiempo escondida una luz tan resplandeciente. Divulgada por todas partes la fama de su virtud, quiso el Señor valerse de ella para su gloria.

A distancia de algunas leguas de la gruta de nuestro santo, habia una poblacion bastantemente numerosa, cuyos habitantes eran todos paganos, pero tan encaprichados en sus supersticiones, que todas cuantas diligencias habian hecho muchas personas zelosas para sacarlos de su error, solo habian servido para obstinarlos mas y mas. Reflexionando un dia el obispo de Edesa sobre el eminente grado de santidad á que habia llegado el solitario Abrahan, le pareció que si este santo hombre tomaba de su cuenta la conversion de aquel pueblo, el Señor echaría la bendicion á su zelo. Todos aplaudieron el pensamiento del obispo, y él se determinó á ordenarle de sacerdote antes de encomendarle aquella mision. Fué á buscar á su celdilla acompañado de los principales del clero, y le mandó que se dispusiese para recibir el orden de presbítero.

Quedó atónito el siervo de Dios al oír semejante proposicion. No podia creer que quisiese el Señor elevar á una dignidad tan sublime al mas vil y al mas indigno de todos los mortales, segun él se reputaba; pero fueron inútiles todos cuantos esfuerzos hizo su humildad para resistirse, porque al fin le fué preciso obedecer. Despues de haber recibido las primeras órdenes sagradas, fué ordenado de sacerdote; y habiendo recibido la mision, partió para aquel pueblo á trabajar en la viña del Señor.

Fué recibido con tanta incivilidad y con tanto

desprecio, que esto solo bastara para acobardar, y aun para hacer retirar á cualquiera otro que fuese menos zelo, ó menos deseo de padecer por Jesucristo. Acudió nuestro santo á la oracion, y aumentó las penitencias. Teniendo noticia de que aun habia quedado alguna porcion de dinero de su patrimonio, que su amigo no habia distribuido, le escribió que se lo enviase, y compró con él un sitio, donde edificó una iglesia ricamente adornada. Venian muchos gentiles á verla, atraidos de la curiosidad; pero la aversion que tenian á los cristianos, los impelia á hacer cada dia nuevos insultos á su santo misionero. Acabada la iglesia, pasaba en ella los dias y las noches en continua oracion, pidiendo al Padre de las misericordias se compadeciese de aquel pueblo ciego que habia rescatado con su preciosa sangre, y que el demonio le habia usurpado despues de tantos siglos.

Hasta entonces habia pasado muchas veces por medio de los idolos de que estaba llena toda la villa sin hablar palabra, contentándose con gemir y con lamentar en la presencia de Dios la ceguera de aquellos pobres idólatras; pero sintiéndose entonces inflamado con un nuevo zelo, movido del espiritu de Dios, y autorizado tambien con las leyes del grande Constantino para la abolicion del gentilismo, que ya se habia promulgado, sale de la iglesia, entra en el templo de los gentiles, arroja al suelo las estatuas de los idolos, trastorna los altares, y pone debajo de los piés, pisándolos y atropellándolos, todos los trofeos de la supersticion pagana. Enfurecido el pueblo, se echa rabioso sobre él, y moliéndole á golpes y á palos, le arroja ignominiosamente de la villa; pero él tuvo forma de volverse inmediatamente á ella, y metiéndose á escondidas en su iglesia, pasó toda la noche en oracion por aquellos pobres ciegos. Quedaron pasmados cuando por la mañana del dia siguiente le halla-

ron en oracion; y queriendo el santo valerse de esta ocasion para hablarles, ellos, en lugar de darle oidos, le apalearon tan cruelmente, que viéndole en términos de espirar, le sacaron fuera del lugar arrastrándole por los piés con una cuerda, y cargándole allí de piedras, teniéndole por muerto, le dejaron casi sin vida; pero el Señor se la conservó, porque queria servirse de él para la salvacion de aquel pueblo. Luego que Abraham volvió en sí, volvió tambien á entrarse de noche en la villa, y a meterse en su iglesia. No se puede ponderar la admiracion de los gentiles, cuando por la mañana le encontraron cantando salmos en pié, y con la mayor serenidad: mas enfurecidos que nunca, le volvieron á arrastrar y á echarle fuera con mas crueles ultrajes.

Tres años enteros duró esta alternativa de paciencia y de malos tratamientos, hasta que al fin se valió la divina gracia de la dulzura inalterable y de la perseverancia del santo para vencer la obstinacion de los idólatras. Abrieron finalmente los ojos, y en cierta ocasion en que estaban todos juntos, comenzaron á manifestarse unos á otros la admiracion que les causaba la paciencia y la caridad del siervo de Dios. Convinieron todos en un mismo pensamiento; y resolviendo ir á buscarle para que los catequizase, se fueron de tropa á la iglesia.

Apenas les explicó el santo los misterios de la fe, cuando deshaciéndose todos en lágrimas, le pidieron perdon de lo que le habian maltratado, y le suplicaron que les administrase el sacramento del bautismo. Viéndolos suficientemente instruidos, los bautizó á todos, hasta el número de mil personas. Detúvose un año entero con ellos, cultivando con infinito cuidado aquella nueva viña del Señor; y viendo que estaban todos bien arraigados en la fe, creyó que las vehementes ansias que sentia siempre por la soledad eran

inspiracion de Dios que le llamaba á ella; y despues de haber encomendado al Señor aquel nuevo rebaño, haciendo tres veces la señal de la cruz sobre el lugar, se escapó secretamente de él una noche, y se fué á esconder en un desierto, donde no fué posible hallarle por mas diligencias que se hicieron. Noticioso el obispo de lo que pasaba, fué en persona á consolar á aquel afligido pueblo; y habiendo escogido entre los nuevamente convertidos á los mas capaces, y á los que mas se distinguian por su piedad, los ordenó de diáconos y de lectores, y les encomendó el cuidado de aquella floreciente iglesia. Sabiéndolo san Abraham, salió del desierto, y se volvió á encerrar en su antigua celdilla, donde perseveró hasta la muerte, sin dispensarse jamás en la mas minima de sus rigurosas penitencias.

Envidioso y colérico el demonio á vista de tanta virtud y de tantas maravillas, no hubo artificio, no hubo tentacion, no hubo malicia que no pudiese en ejecucion para vencerle ó para atemorizarle. Unas veces le pretendia espantar con horrosas fantasmás, otras procuraba engañarle con capciosas estratagemas, ó á lo menos fatigarle con la continuacion y variedad de molestos artificios; pero el siervo de Dios, lleno de desconfianza de sí mismo y de confianza en el Señor, triunfó de todo el infierno, y jamás se apartó un punto de su método ordinario. Mas aunque era tan grande el amor que profesaba á la soledad, sabia dejarla por algun tiempo siempre que lo pedia la caridad y el zelo de la salvacion de las almas.

Tenia el santo una sobrina llamada Maria, que habia quedado huérfana á los siete años de su edad. No habiendo querido encargarse de ella sus parientes, la llevaron á san Abraham, el cual habiendo hecho reparar entre los pobres los grandes bienes que sus padres la habian dejado, dispuso que la pusiesen en una celda

inmediata á la suya, y allí por una ventanilla la instruía y la enseñaba los salmos y otras oraciones. Hizo tan grandes progresos, dice san Efren, bajo la disciplina de su tio, que fué perfecta imitadora de sus virtudes; pero el demonio, que no habia podido conseguir cosa alguna del santo tio, no halló la misma resistencia en la sobrina. Al cabo de veinte años se dejó miserablemente engañar por un falso monje que la habia visto por la ventanilla, y venia muy á menudo á visitar á nuestro santo. Este pecado le indujo á tal desesperacion, que, en lugar de descubrirlo á su santo director y de borrarlo con la confesion y con la penitencia, se huyó de la celda, y pasándose á una ciudad cercana, se precipitó en las mas torpes y mas escandalosas disoluciones.

Luego que el enemigo de la salvacion triunfara de su presa, vió san Abraham en sueños que un espantoso dragon se estaba tragando á una inocente palomita cerca de su celda. Creyendo que esto significaba alguna grande persecucion que amenazaba á la Iglesia, pasó todo el dia siguiente en oracion y en gemidos. La noche inmediata se le volvió á representar en sueños el mismo dragon, que, viniendo á reventar á sus piés, arrojaba del vientre la misma palomita, pero todavia con vida. No tardó mucho en comprender el verdadero sentido de la vision; porque reparando que habia dos dias que no oia cantar á Maria los salmos que acostumbraba, y habiéndola llamado inútilmente, conoció que ella era la paloma que el dragon se habia tragado. No se pueden explicar las lágrimas que derramó, las nuevas penitencias que hizo por espacio de dos años para alcanzar de Dios la conversion de aquella pobre oveja descarriada.

Al cabo de ellos, teniendo noticia del lugar y del lastimoso estado en que se hallaba, se disfrazó en traje de caballero, montó á caballo, y se fué á apear

en casa de la cortesana. Mandó disponer una gran cena, y luego que se vió á solas con ella, se dió á conocer, y la habló con tanta dulzura, la mostró tanto amor, la aseguró con tanta eficacia de la misericordia de Dios, y la prometió con tanta caridad hacer penitencia y satisfacer á la divina Justicia por ella, que, cubierta de confusion, penetrada del mas vivo dolor, y movida de tan asombrosa caridad, se arrojó ella á sus piés, y solamente le respondió con sus sollozos y lágrimas.

Consolóla y alentóla el santo caritativamente, y habiéndola mandado dejar todo el dinero, alhajas y muebles que habia ganado con sus culpas, la hizo montar á caballo, y marchando san Abrahan á pié, la condujo á su primera celda, donde despues de haberse reconciliado con Dios por medio de una dolorosa confesion, pasó lo restante de sus dias en llantos y en gemidos, viviendo otros quince años en el continuo ejercicio de rigurosísimas penitencias; y quiso el Señor manifestar la santidad de aquella ilustre arrepentida con muchos milagros que obró así en vida como despues de su muerte.

Vivió san Abrahan diez años despues de esta gloriosa conquista; al cabo de los cuales quiso Dios premiar sus heróicos trabajos despues de haberle hecho célebre por una gran multitud de prodigios. Colmado de merecimientos entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Criador el dia 16 de marzo del año de 376, cerca de los setenta y cinco de su edad, habiendo pasado mas de cincuenta en el desierto.

SAN JULIAN, MÁRTIR.

San Julian, uno de los ilustres mártires de Jesucristo, nació en Anazarbo, ciudad de la segunda

provincia de Cilicia, hijo de un senador gentil, y de una madre cristiana. Educado por esta en la religion católica, hacia en ella maravillosos progresos en tiempo que los emperadores gentiles suscitaron una de sus crueles persecuciones contra la Iglesia. Ofendidos los paganos de su profesion, y mucho mas de que Julian hiciese ostentacion públicamente de su fe, le llevaron á Egea, ciudad de la misma provincia, á presentarle al gobernador idólatra, que era uno de los mas bárbaros perseguidores del cristianismo. Entró el santo en el combate con firme resolucion de testificar su fe á costa de la sangre; y habiendo resistido con valor extraordinario las primeras tentativas, cometieron los infieles la temeridad de abrirle por fuerza la boca, é introducirle en ella pan y vino de lo ofrecido en los sacrificios de los ídolos.

Propúsose el gobernador probar la constancia de Julian con diferentes géneros de suplicios; pero no pudiendo vencerle con la violencia de los muchos tormentos que le hizo padecer, creyó poder conseguirlo haciendo que estos males fuesen continuos, y de mucha duracion. Con esta intencion perversa, le hacia venir con mucha frecuencia á su tribunal, y afligiéndole con varias torturas, le volvia á remitir á la prision. Otras veces suspendia la cuestion, y se valia de las lisonjas y dulzuras. No satisfecho con semejantes tentativas, en las que continuó por el discurso de un año entero, ordenó conducirlo de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, por toda la provincia, á fin de exponerle á la irrision y burla del populacho gentil; pero Julian, siempre invencible, dió en todas partes de la carrera un admirable ejemplo de su constancia; y por su medio esparció Dios en ella el conocimiento de su santo nombre. Así, no solamente fué un ilustre confesor de Jesucristo, sino tambien un apóstol, convirtiéndose en honra suya y gloria

del Redentor, lo que sus enemigos discurrieron para hacerle infame á los ojos de los hombres. El solo espectáculo de su cuerpo cubierto de heridas, era un testimonio innegable de que en él obraba la virtud divina, moviendo de un modo mas vivo y mas elocuente que el órgano de la voz, al conocimiento de la religion revelada.

Despues de esta dolorosa expedicion le volvieron á Egea, lugar de la residencia del juez, á quien irritó tanto la desesperacion del ningun fruto que produjo su tentativa, que mandó á los verdugos destrozasen el cuerpo del santo mártir con garfios de hierro hasta descarnar sus huesos y que apareciesen sus entrañas. Ejecutóse asi; pero sostenido Julian con la gracia de aquel Señor por quien padecia, no se le oyó la mas mínima queja ni suspiro, abriendo solo la boca para alabar á Dios y confesar en alta voz su santo nombre. En fin, no pudiendo el juez resistir por mas tiempo la confusion y vergüenza de verse vencido, resolvió acabar la lucha con la muerte del santo; pero con un modo tan bárbaro é inhumano como fué introducirle en un saco de arena con víboras y escorpiones, y arrojarle al mar despues de cosido.

Bien presto manifestó el Señor la gloria de su siervo; pues, trasportado su cuerpo á la ciudad de Antioquia por disposicion divina, hizo por su intercesion muchos milagros, los cuales se repetian todavía en tiempo de san Juan Crisóstomo, quien se hizo historiador y panegirista de sus triunfos en una elegantísima Homilía. El mismo santo asegura que no pudiendo sostener los demonios que atormentaban á los poseidos, la presencia de sus reliquias cuando las llevaban á su túmulo, huían precipitadamente de los cuerpos que tiranizaban; y ensalza estas reliquias á la par de las mas nobles que existian en Jerusalem.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la pasion de san Ciriaco, diácono, el cual despues de sufrir largo tiempo el rigor de la prision, fué bañado con pez derretida, y, extendido en el potro, le descoyuntaron sus miembros y le golpearon con palos; y por último, en compañía de Largo y Esmaragdo y de otros veinte, fué degollado por orden de Maximiano. La festividad de estos santos se celebra el día 8 de agosto, en cuyo dia, por disposicion de san Marcelo papa, fueron recogidos sus cuerpos y sepultados con gran veneracion.

En Aquileya, el tránsito de san Hilario, obispo, y de Fabiano, diácono, los cuaies, en tiempo del emperador Numeriano y del presidente Beronio, despues de haber sufrido el potro y otros tormentos, fueron martirizados juntamente con Félix, Largo y Dionisio.

En Licaonia, san Papas, mártir, el cual por confesar la fé de Cristo, fué azotado y descarnado con uñas de hierro, y calzándole zapatos sembrados de puntas de hierro, con ellos le hacian caminar, y últimamente, atado á un árbol, dió el alma al Señor; y siendo el árbol estéril, dió fruto de allí adelante.

En Anazarbo en Cilicia, san Julian mártir, el cual habiendo sido cruelmente atormentado en tiempo del presidente Marciano, le metieron en un costal lleno de serpientes, y le echaron en el mar.

En Ravena, san Agapito, obispo y confesor.

En Colonia, san Heriberto, obispo, ilustre en santidad.

En Auvernia, el tránsito de san Patricio, obispo.

En Siria, san Abrahan, ermitaño, cuyos memoriales hechos escribió san Efren, diácono.